

Mas del bárbaro imperio la fiereza
 Los diques rompe del celeste enojo;
 Y ya sobre su indómita cabeza
 Desciende el rayo á confundir su arrojo.
 De su poder, su gloria y su grandeza
 Ni rastro existe, ni se vé despojo;
 Quedando apénas, porque al mundo asombre,
 De tan gran reino por vestigio *un nombre.**

Así del Asia en la region distante
 Crecieron cien imperios poderosos,
 Que hasta el cielo con ánimo arrogante
 Levantaron sus vuelos orgullosos:
 Y hora al pisar el triste caminante
 Los áridos desiertos espantosos,
 Pisa con sacro horror y muda pena
 Hundidos cien imperios en la arena.

* Vélez de la Gomera.

ZARAGOZA.

POEMA.

« Compúsose este Poema para disputar el premio ofrecido á nombre de la nacion por la Suprema Junta Central, poco despues de acaecida la rendicion de Zaragoza en el año de 1809; sin que importe al público saber ni las causas á que se atribuye el que no se manifestasen las resultas del concurso, al cabo del término prefijo, ni los datos que tiene el autor para creer que este Poema, tal cual sea, habia sido elegido por dos jueces tan competentes eh la materia, como D. Melchor Gaspar de Jovellanos y D. Manuel José Quintana, para que en él recayese el premio. Lo cierto es que, habiéndose retardado el que se diese este, sobrevinieron luego las desgracias que affligieron á la Patria en aquel aciago año, y que acarrearón por último la invasion de Andalucía por el ejército enemigo y la disolucion del Gobierno: en cuyas circunstancias, habiéndose el autor refugiado á

Cádiz, y de allí pasado á Inglaterra, imprimió su Poema en Londres en el año de 1811. »

« Del mismo modo que se publicó entonces, se reimprime ahora, habiendo juzgado conveniente dejar esta obra cual la inspiraron las circunstancias de aquella época, y como se presentó al concurso; á pesar de que alguna vez se resienta de que la compuso el autor siendo todavía muy jóven, y apremiado por el corto plazo concedido por la Junta Central. »

Tal es la advertencia que estampé al frente de este Poema, cuando el año de 1827 lo publiqué en Paris entre mis *Obras literarias*; y no habiéndose nunca impreso en España, me ha parecido oportuno verificarlo ahora, para completar con él esta coleccion.

POEMA.

Sobre ruinas y triunfos, Zaragoza
De la terrible lucha reposaba
Que por dos lunas agitó su suelo;
Cuando, á la voz de Marte pavorosa,
Se estremeció Pirene, y de sus cumbres,
Con las llamas y el hierro amenazando,
Lanzáronse mil bárbaras legiones.
En vano; oh Dios! en vano
A poner freno á su furor insano
Braman los aquilones;
Rompen sus cauces los hinchados rios;
Tala el invierno la aterida tierra;
Y de inclemente nieve coronada
Alza su frente la riscosa sierra.
¿No los veis, no los veis ardiendo en saña
Arrasar montes, devastar los llanos;
Incendiar pueblos, y en feroz sonrisa
Rasgar el seno de la triste España,
Que incauta un tiempo los llamára hermanos?
¿Quién osará del rápido torrente
El ímpetu atajar? Cayó Castilla;

Se ahuyentó nuestra hueste desbandada;
 Y al furor de la bárbara cuchilla,
 Con la sangre de mayo salpicada,
 Tendió Madrid la desdorada frente.
 Por vez segunda el Tajo caudaloso
 Al inclemente yugo se condena;
 Y allá bajo la tierra, prodigioso
 Sepúltase Guadiana,
 Rehuyendo altivo la servil cadena.

El enemigo bando

Las palmas bate, y por los aires suena
 Su horrísono clamor... ¡Ay, cuánto, cuánto,
 Miserá España, de destrozo y ruina,
 Cuánto de luto y de amargura y llanto
 Tu suelo amaga y tu beldad divina!

Ya cien y cien legiones

Del Ebro cubren la anchurosa márgen:
 Tiembla bajo la inmensa pesadumbre
 La sacra orilla; plumas y penachos
 A merced de los céfiros ondean;
 Y los petos y yelmos centellean
 Del claro sol á la radiante lumbré.
 Los normandos frisonés
 Baten con grave pie la helada tierra;
 Piérdense los contrarios escuadrones
 Allá á lo lejos entre densa nube;
 Crece el estruendo, y el clamor de guerra
 Puebla los vientos y á los cielos sube.

De juncos y de adelfas coronadas
 Las Náyades, al eco tremebundo,
 Sacan del agua los nevados pechos;
 Y del bélico apresto amedrentadas,
 Lanzan un grito, y cálanse al profundo.

Tened, tened, impíos;
 Suspended esas huestes ominosas
 De muerte y destruccion: ¿á dónde, á dónde
 Correis, blandiendo en la terrible mano
 La ardiente antorcha y el acero insano?
 Piedad, piedad, crueles!
 Merced á Zaragoza!
 Miserá, abandonada,
 Aun gime dolorida;
 Aun brota sangre la reciente herida
 Que en ella abriera vuestra cruda espada.
 ¿No escuchais cuál resuenan por los vientos
 Los agudos lamentos
 De viudez y orfandad? ¿El sordo ruido,
 Cual de lejano trueno, que retumba
 Allá en el hondo de la negra tumba,
 Do mil valientes víctimas cayeron?
 Piedad por una vez: si buscáis ruinas,
 Si saciaros quereis en fiero estrago,
 Sobradas ruinas ¡ay! hartos despojos
 Han que mirar los ojos.
 Tended la torva vista, que aun humean
 Los techos incendiados;

Aun espantan con sangre mancillados
El suelo ilustre y los endeblés muros.

Si empero tanto horror, si tantas muertes,
No os bastan, proseguid: no lanzó en vano
La invicta Zaragoza el santo grito
De vencer ó morir; grito tremendo,
Que sobre el trono estremeció al Tirano.
Amenazado, herido,
Ruge con mas furor el leon hispano,
La sangrienta guedeja sacudiendo;
Y al agresor se arroja, y se complace
La presa entre sus garras dividiendo.

Seguid, seguid: la heróica Zaragoza
Al combate se apresta, á la venganza;
La espada vibran sus valientes hijos,
Y blanden fieros la terrible lanza.
¿Cómo tan breve su constancia invicta
Pudisteis olvidar y su ardimiento?
¿En qué librais la bárbara esperanza
Del triunfo y vencimiento?
¿No vió el Jalon profundo sus riberas
De enemigos cadáveres sembradas,
Y arrebatár su rápida corriente
Rotas corazas, petos y cimeras?
¿No vieron vuestras huestes debeladas
Los campos de Mallén? ¡Oh nunca, nunca
Dignamente loadas,
Hablad vosotras, inmortales Eras!

Decid cómo animosos
Los ínclitos del Ebro batalláran
Con las legiones fieras;
Y á la muerte tranquilos presentáran,
En vez de fuerte arnés, pechos desnudos.
No los filos agudos
Del duro acero, ni la fuerte lanza,
Ni el plomo ardiente su furor enfrenan;
Todo cede á la indómita pujanza
Del brazo aragonés; heridos suenan
Cascos y petos; mézclanse las haces;
El polvo roba el inflamado cielo;
Y al duro encuentro, á los terribles golpes,
Los vientos rugen, y retiembla el suelo.

En sangre tintas, de pavor cubiertas,
Rotas huyen las bárbaras legiones;
Y en tanto, tremolando los pendones,
Entran ufanos por las anchas puertas,
De guirnaldas y lauros adornadas,
Los hijos de la patria. ¡Cuántos, cuántos
Siguiéron á aquel triunfo! Siete veces
Miró embestida la Ciudad gloriosa
El blondo julio; y siete desplomarse
La soberbia enemiga, y contra el muro
Sus numerosas fuerzas estrellarse.
Hiela el pavor los ánimos osados
De los feroces hijos de la guerra;
Y en cobarde rencor trocando el brío,

Cuando la noche á la callada tierra
 En luto envuelve y en horror sombrío,
 Bombas arrojan, que en su lumbre encienden
 El aire tenebroso por do hienden.

A leve impulso, la muralla frágil
 En polvo cae deshecha;
 Y cual tigre rabioso,
 Por ruinas y cadáveres trepando,
 Entra osado Verdier por la ancha brecha,
 Y Lefèvre orgulloso
 La destructora turba acaudillando.
 De enemigos cubiertas
 Véense calles y plazas; atronando
 Rompen las hachas los robustos quicios;
 Caen las ferradas puertas;
 Arden los edificios;
 Y el crudo incendio y la espantosa ruina
 Mira el pueblo valiente
 Con pecho quieto y con serena frente.

Ya en roncos alaridos
 Celebra el triunfo la contraria gente,
 Cuando el cañon horrisono tronando,
 Las espesas falanges desordena:
 Agítase en confusos remolinos
 La destrozada hueste; pavorosos
 Caudillos y soldados se atropellan;
 Y por el plomo destructor heridos,
 Caen en la dura tierra confundidos

Con los tibios cadáveres que huellan.

En tanto los terribles moradores
 Arrójanles por claros y troneras
 Mil muertes y otras mil; allí arruinando
 La quebrantada, altísima techumbre,
 Desquicianla; y desplómase atronando,
 A impulso de su grave pesadumbre.
 Allí, incendiadas vigas y sillares
 De los deshechos muros arrancando,
 Los impelen con ímpetu; los vientos
 Braman con son horrisono apremiados;
 Y los fieros guerreros á millares
 Quedan entre las ruinas sepultados.

Ni fuga ni piedad: por todas partes,
 A la señal belisona, furiosas
 Arrójanse las tropas valerosas
 Que nacer viera el Llobregat ameno.
 La sorpresa, el desórden, la estrechura
 Redoblan el horror del trance fiero;
 Combaten crudamente brazo á brazo
 Guerrero con guerrero;
 Saltan rotos los hierros centellantes;
 La tibia sangre por do quier humea;
 Cada golpe una muerte; cada acero
 Húndese en cien entrañas palpitantes.

¿Qué enristrar vale la potente lanza,
 Qué el robusto frison, el fuerte escudo?
 Con ímpetu de rayo se abalanza

El bravo Aragonés; burla los golpes;
 Y entre el fuego y horror del trance crudo,
 La vista apenas á seguirle alcanza.
 Hiérenle; y fieramente embravecido,
 Los montes de cadáveres salvando,
 Penetra por las astas enemigas,
 En sed de guerra ardiendo y de venganza.
 ¿Dó tornarán los fieros enemigos
 La amedrentada faz? Hierro sus sienes,
 Hierro amenaza sus cobardes pechos:
 Destrozados, deshechos,
 Ni oponer osan el comun estrago
 La desesperacion; el asta fuerte
 Cae de su débil diestra desprendida;
 Y al inclemente amago
 Inclinando cobardes la cabeza,
 Ni el golpe esquivan de la cruda muerte.
 ¿Cuántas allí! Confusos, perseguidos,
 Los restos de las bárbaras legiones
 La Ciudad abandonan, que engreidos
 Leve triunfo á su esfuerzo imagináran.
 La triste nueva de terror sombrío
 Cobija el enemigo campamento;
 Muere en los pechos el antiguo aliento,
 Muere en los brazos el usado brío.
 Al rayo abrasador del Can ardiente
 Allí lánguido yace el cruel guerrero;
 Mas allá, sobre el arma reluciente

Débilmente apoyado,
 Los mustios ojos fijos en la tierra,
 Reposo anhela el mísero soldado;
 Y apareciendo á su afligida mente
 De Ulma y Dantzik las deslustradas glorias,
 Dentro del pecho congojoso encierra
 Hondos sollozos de furor y angustia.
 Lefèvre en vano intenta
 Las tropas alentar, con faz mentida
 Encubriendo el dolor que le atormenta:
 Recorre el campo; y su mirar incierto,
 La rienda del caballo abandonada,
 El tardo paso su penar anuncian;
 Y aun tal vez, en su cuita sumergido,
 Sin dello apercebirse,
 Se escapa de sus labios un gemido.
 Cayó toda esperanza: desde el monte
 Descubren á los bravos combatientes,
 Que vuelan al socorro apetecido
 De la heróica Ciudad; la nueva hueste
 El pavor de los Galos acrecienta;
 Y cual banda de huitres, que se ahuyenta
 Cuando brilla relámpago á lo lejos,
 Anunciando el horror de la tormenta;
 Así dispersos huyen, arrojando
 Las mal usadas armas, y á la noche
 Su salud en la fuga encomendando.
 Tal fuera vuestra infamia, hijos del Sena;

Tal el torpe baldon, que en vuestras frentes
Secó los lauros de Austerlitz y Jena.

¡Y aun osaréis luchar con los valientes
Que tantas veces con heroica planta
Vuestras altivas águilas hollaron!

¡Oh, cuánto afan y destruccion y mengua
Costaros ha la bárbara osadía!

¡Cuán terrible y sangriento
Será el nuevo escarmiento!

Aquí mi voz llegára: y las legiones
Ya con hórrido estruendo

A la Ciudad augusta se acercaban.
Sus negras alas desplegó la noche;

Y como en su alta cima vé Moncayo
Las oscuras tormentas apiñarse,

Y al viento desafía,
Al ronco trueno y al ardiente rayo;

Tal, al mostrarse la vecina aurora,
Zaragoza impertérrita veía

Desparecer, bajo contrarias huestes,
Las cercanas colinas y llanuras.

Cánticos, himnos, voces de alegría
Sus espaciosos ámbitos llenaban;

Y el parche y las trompetas pregonaban
Que era llegado de la gloria el día.

Las calles y las plazas y los muros
Puéblanse, al ronco son, de gente armada:

Mil y mil combatientes

Embrazan el paves, ciñen la espada,
Y de verdes coronas

Ornadas muestran las augustas frentes.
Las ínclitas matronas,

Los jóvenes y ancianos
Morir anhelan por la amada patria,

Y el hierro empuñan sus endebles manos.
¡Oh patria! ¡Oh dulce nombre! Te oigo apenas,

Y agítase mi pecho, arden mis venas;
Ensánchase mi ser: ante el Tirano,

De verdugos cercado y de suplicios,
Libre de vil temor, de bajo susto,

Yo cantaré tus glorias: sí, tu mano
Me sostendrá al morir; tu nombre augusto

Se helará, al espirar, entre mis labios.
¿Mas quién entre los ínclitos guerreros

El sagrado estandarte tremolando,
Los inflama al combate, á la victoria?

Él es, él es: su rostro resplandece
Con rayos mil de gloria,

Cual iris tras tormenta en el estío;
Sus mayores su escudo le prestaron,

Apolo su beldad, Marte su brío.
No hay duda, él es; ceñido de laureles,

Al invencible Alfonso se asemeja
Cuando le vió triunfante Zaragoza,

Rescatada por él de los infieles.
Salud, héroe inmortal; salud mil veces,

Divino Palafox; la madre España
 A tí tiende sus brazos congojosa,
 Como al hijo de amor; por tí respira;
 Agítase contigo en la pelea;
 Y su dolor y angustias olvidando,
 En tus glorias y lauros se recrea.

Alienta, triste patria; que el acero
 Ya en su terrible diestra centellea,
 Cual rayo en tempestad: su ademan fiero
 Es precursor del triunfo; la victoria
 Entre el marcial estruendo le acompaña.
 Miradle, sí, miradle: repitiendo
 El sacro nombre de la madre España,
 Se abalanza á las bárbaras legiones,
 Seguido de la hueste numerosa;
 Trábase la árdua lid; el bronce suena;
 Todo es horror y muerte; el héroe invicto,
 Cercado de enemigos escuadrones,
 Hiende, rompe, destruye, desordena
 Cuanto se opone á su denuedo y brío:
 ¿Quién, quién resistirá? Rastros de sangre
 Marcando van su rápida carrera.

La densa niebla, que aun el sol tardío
 Con sus nacientes rayos no rompiera,
 Envuelve á los feroces combatientes,
 Los mezcla, los confunde, y acrecienta
 La horrenda mortandad: caen los valientes;
 No hay perdon al rendido; á hierro y fuego

Destruyense las haces inclementes
 ¿No basta tanto estrago, tanta ruina?
 Nueva lucha arde allí; nuevo destrozo
 Allí, y allí tambien; en la colina,
 En la márgen del Gállego, en el puente,
 En los vecinos campos inundados
 Por la profunda, rápida corriente

La pericia, el furor, la muchedumbre
 De la contraria hueste son en vano:
 Cede al valor el número, y el arte
 Al amor de la patria soberano.
 El furibundo Marte,
 La flamígera antorcha sacudiendo,
 Recorre el campo; acá y allá revuelve,
 Sobre muertos y heridos, los caballos
 Del carro destructor; y á la venganza,
 A muerte incita con clamor horrendo.

A la voz imperiosa
 Renacer siente el enemigo bando
 Su bravura feroz; y se abalanza
 Al fuerte parapeto, el nombre odioso
 Del sanguinario Déspota aclamando.
 De horror y muerte y destruccion preñadas,
 Con estruendo espantoso
 Revientan las terribles baterías;
 Yerma el inmenso llano de enemigos
 El fuego asolador; retumba el bronce;
 Murallas, combatientes, cielo y tierra

Confúndense entre el humo y desaparecen.
 ¿Qué se hicieron las huestes triunfadoras,
 Que el mundo encadenaron?
 Finó su gloria; cual ligera niebla
 Ante recio huracan, se disiparon.

Palmas, coronas mil, Ninfas del rio,
 Guirnaldas de laurel: cubrid el suelo
 De mirto y de arrayan; y el dulce canto
 La victoria remonte al alto cielo.
 En sus ilustres lares,
 Tiernas amantes, cándidas esposas,
 Con voces armoniosas
 Repetirán los plácidos cantares.

Volad, héroes, volad: en la muralla
 Las banderas espléndidas ondean;
 Suena alegre el clarin; álzanse triunfos;
 Sobre tronchadas águilas y picas
 Pebeteros riquísimos humean.

Todo era salvas, júbilo, alegría,
 Cuando la noche que en el negro carró
 Rodando por el cielo tenebroso,
 Ya medio curso recorrido habia,
 Llamó á los vencedores al reposo.
 Pensativo, sangriento, polvoroso,
 El fuerte Palafox, en el alcázar,
 A nueva lucha y prez se apercibia:
 La soledad, el lúgubre silencio,
 La techumbre de cedro, opaca, altísima,

Un temor inspiraban misterioso;
 Y el viento que á lo lejos sordamente
 Vagando por las bóvedas se oía,
 El horror augustísimo aumentaba.
 El ánima del héroe se gozaba
 En la terrible magestad sombría,
 Cuando temblar sintió bajo su planta
 Los profundos cimientos del palacio:
 Tres veces ¡ay! con hórrido estampido
 Ronco trueno sonó; se abrió la tierra;
 Y sobre negra nube se levanta
 La venerable Sombra
 De Rebolledo el Grande: en la tiniebla
 Se vé centellear su faz divina;
 Tal como suele boreal aurora,
 Cuando en los reinos de la eterna noche
 Cielos y tierra y mares ilumina.
 Cércale en torno insignias y trofeos;
 Cúbrelo con su manto la victoria;
 Y en el noble ademan, fiero y sombrío,
 Ostenta grave su valor y gloria.
 « Ilustre nieto, (dice en voz pausada)
 El placer penetró mi hondo sepulcro,
 Cuando incansable, en el ardiente estío,
 Lidiar te ví y vencer. Mas árdua lucha,
 Mayor constancia, esfuerzo y heroismo
 Hora la patria exige: cuantos males
 Abortar pudo el Genio de la guerra,

Cuantas plagas ¡oh Dios! guarda el abismo
 Para afligir los míseros mortales,
 Y el cielo airado en su venganza encierra,
 Van sobre tu cabeza á desplomarse.
 Naturaleza toda conjurada
 Vendrá de lleno sobre tí: la tierra,
 En sus profundos senos agitada,
 Sacudirá con horroroso estruendo
 Defensores, murallas y edificios;
 Lloverá fuego; el hambre, la atroz muerte,
 Con mano yerta y pálida tendiendo
 El cetro asolador, en vasta huesa
 La patria trocarán de los valientes.
 Hijo de mi ternura, en ígneas letras,
 Allá sobre los cielos esplendentes,
 El nombre escrito está de Zaragoza,
 Y el de Numancia allí, y el de Sangunto.
 Mil siglos volarán sobre sus ruinas;
 Se hundirán los tiranos y sus tronos;
 Morirán astros; finarán imperios;
 Eterno, empero, su renombre y gloria,
 Durará á par del mundo su memoria.
 Y la tuya también: grato el destino
 Correr me ha concedido ante tu ojos
 El velo diamantino
 Que cubre el porvenir. Gemirá España
 En congojoso afán; hijos y hermanos
 Con sangre regarán el patrio suelo;

Que nunca, dílo al mundo, nunca el cielo
 Dejó impune el sufrir á los tiranos.
 Mas no feroz el Déspota del Sena
 Aherrojará sus inocentes manos,
 Ni atará al carro á la nación, que un día
 Tierra y mar abarcaba, ambas regia.
 Así plugo á los hados: Zaragoza
 Caerá en espiacion; y de sus ruinas
 Se alzará sobre el trono refulgente
 La libertad de la española gente.
 Claro honor de mi estirpe, tú el primero
 Arrostrando impertérrito la muerte,
 Debes abrir á la Ciudad augusta
 El ínclito sendero
 De la inmortalidad: jamas cobarde
 Tender el cuello á la cadena insana!
 Jamas besar la mano enrojecida
 Con la inocente sangre castellana!
 Jamas! sí; yo lo juro... arrebatado
 Clamó así Palafox: la helada planta
 Abrazó de la Sombra, arrodillado;
 Y al estallido súbito de un trueno
 Se disipó el Espectro, como el humo,
 Al querer estrecharle contra el seno.
 El héroe se inclinó: su pecho fuerte
 Sintió oprimido de respeto santo;
 Y entorpecer sus agitados miembros
 El terror silencioso de la muerte.